

La calle para el viernes 28 de septiembre de 2007
Diario de un espectador
Mozart según Lizalde
por miguel ángel granados chapa

Del espléndido número 99 de la revista de la Biblioteca de México hemos tomado, los dos días anteriores, la narración hecha por Lorenzo da Ponte, libretista de las óperas *Las bodas de Fígaro* y *Don Giovanni*, sobre el momento y las circunstancias en que él escribió la letra y Mozart la música de esas piezas célebres del arte lírico. Concluiremos hoy nuestra remembranza mozartiana, realizada a partir de los materiales incluidos en esa publicación, con un pasaje de lo escrito por el propio director de la revista y de la biblioteca, Eduardo Lizalde. No se trata de un escrito de ocasión, motivado por alguna efemérides. El poeta lo entregó para su aparición en *Pauta*, correspondiente a 1991:

“En Mozart confluyen y de él parten los músicos en la corta historia universal de ese arte, cuya madurez ocurre al final del siglo XV y en los albores del XVI, y cuyos primeros gestores supremos son realmente del XVIII. La obra inmensa, genial y paterna de J.S. Bach fue el evangelio artístico y técnico del que debía partir toda la música posterior y no podía ser sino Mozart el que rescatara el legado de Bach y descubriera en sus partituras toda la grandeza y la potencialidad que tantos otros no habían sabido percibir en el titán de Eisenach, al que sólo se había considerado un organista extraordinario, un improvisador sorprendente de obras circunstanciales y un sabio en materia musical.

“Más de un cuarto de siglo había transcurrido desde la muerte de Bach, cuando Mozart, que se hallaba en Leipzig en 1788 (y había estrenado el *Don Giovanni* un año antes) escuchó un motete que había escrito hacía setenta años Johanes Sebastián y exclamó: ‘Finalmente conozco algo nuevo, y algo aprendo’. Así se inició la revisión y la edición de esas incontables partituras que afortunadamente conservaron los alumnos y los parientes del maestro, pero la tarea del rescate apenas se inició entonces, y prosigue en nuestros días (con grabaciones y lecturas más fieles y profundas de las obras más complejas). Cincuenta o sesenta años después de la muerte de Mozart no eran editadas aun obras maestras como la *Pasión según san Mateo*.

Esos simples datos bastan para comprender que Mozart no solamente había producido una revolución estética en todos los terrenos de la creación y la ejecución musical (y lírico-teatral) sino comprendido a fondo el mar de la música renacentista y barroca, extendido a la orilla de su genio sobrehumano y precoz, el centro, es milagrosamente él solo, una nueva era artística.

“Mozart es el eslabón básico (afortunadamente nunca perdido) entre los grandes músicos antiguos y todos los que le suceden durante los siglos XIX y XX. En (un) artículo de Stendhal (tomado de su *Vida de Rossini*, 1823), hay cuestiones históricas y agudezas críticas del autor de *La cartuja* que valdría la pena destacar. Por un lado, como indica Stendhal, durante los primeros veinte años de esa centuria, Rossini era visto como un serio competidor genial de Mozart, después de haber barrido en los escenarios con los grandes músicos cuyas obras y óperas reinaban en Europa (Paisiello, Cimarosa, Scarlatti, Mayer, Paer, etc). Pedro adviértase que pese a la admiración que experimenta por su contemporáneo prodigioso (el hombre más célebre del mundo desde Napoleón Bonaparte, según dice en el prólogo), no se deja Stendhal arrastrar por las pasiones propias y ajenas, que una gran personalidad desata en su época: ‘Mozart (hablando de su tardía fama en Italia) apareció en el horizonte con Rossini hacia 1812, pero mucho me temo que se siga hablando de él todavía cuando la estrella de Rossini haya palidecido ya’.

“Y lo temió bien Stendhal: la estrella de Rossini ha palidecido junto a la de Mozart, cada día más brillante a dos siglos de su muerte”.